

El archipiélago más vasto de la Polinesia, es el que Bougainville denominó Peligroso, y se compone de más de 70 islas madreporicas ó volcánicas, habitadas por unas 20,000 almas de raza polinésica, aunque incultas. La tripulación del *Bounty*, habiéndose rebelado mientras se ocupaba en cargar el buque de árboles del pan (1787), pobló la isla de Pitcairn, llegando á formar una colonia importante, bajo la dirección de Adams, que introdujo en ella algún orden, y enseñó lo poco de religión que conocía; y aunque el agua es escasa, y no hay en la isla buen puerto ni comodidad para los buques, es lo cierto que los descendientes de los amotinados se han negado hasta el presente á cambiar su patriarcal residencia por otra mejor.

Taiti.—Una risueña naturaleza y amables costumbres distinguen al archipiélago de la Sociedad, que gran número de viajeros han descrito. Los poetas y novelistas le han celebrado tanto por la variedad imponente y fecunda del territorio, como por la hospitalidad jovial de los habitantes de Taiti aquella reina del Océano Pacífico. Cook encontró á los taitianos benévolos, hermosos, de elevada estatura, fuertes y de tez cobriza. Las personas de distinción llevaban las uñas muy largas, á la usanza china. Se adornaban con plumas de sus magníficas aves, uniendo á ellas mariposas de espléndidos colores. Vivos, incapaces de prestar atención, aman la ociosidad, son sencillos en sus habitaciones y en sus comidas, las que proporcionan la naturaleza con rica variedad. Ligeros, indiferentes, afectuosos é inclinados al robo, conocen el precio de la belleza pero no el del pudor, aunque exigen de las mujeres casadas la reserva de lo que las solteras pueden conceder libremente. Su única industria consistía en fabricar una tela ó más bien un papel, con el que se vestían con cierta gracia. El hierro no les era desconocido. Tenían gran placer en el baile y en la música, arte muy sencillo entre ellos, y que se componía de varias especies de bailes mímicos y representaciones dramáticas.

Estaban gobernados por un rey, que debía tan

segundo por borracho, el tercero en 1836 por un delito más grave. Estos fueron los que primero y con más destreza despojaron de sus propiedades á los indígenas, y en suma, la conducta de los misioneros fué, bajo este aspecto, la más infame de que hay memoria en la historia de las misiones, la más deshonrosa para el protestantismo... Solemos hablar con noble indignación de las atrocidades de Cortés y de Pizarro, y de aquella tropa de españoles *ineptos* que siguieron á Méjico y al Perú á aquellos *capitanes de bandidos*; pero nos olvidamos de que nosotros también, en el siglo XIX, hemos cometido los mismos crímenes en diferentes países. El mismo tiempo precisamente, el espacio de treinta años, se necesitó para destruir á los indígenas de la tierra de Van Diemen, bajo el benéfico yugo de la Gran Bretaña, que el que fué necesario para destruir á los naturales de la Española bajo el férreo gobierno de Fernando é Isabel.

pronto como le nacia un hijo, abdicar al menos el título de su dignidad. Nunca se servía de sus piernas ni salía más que en hombros de sus cargadores. La mayor señal de respeto que se le podía dar era desdunarse en su presencia, ó cuando se pasaba por delante de su palacio. La población se distinguía en tres clases, además del rey (*ariirey*), á saber: los *ai-ariú*, ó la familia real y la nobleza; los *bre-reatira*, propietarios, guerreros y sacerdotes, los *maua-uné*, es decir, el pueblo con los servidores, los esclavos. Decían *Taiti es un navio; el rey es el mástil, los reatira las cuerdas*. La vista de la escuadra de uno solo de los veinte distritos de la isla escitó la admiración de los europeos; se componía de ciento sesenta canoas, de cincuenta á ochenta piés de largo, sin contar las de transporte. La ley de herencia, por la cual un niño, desde que nace sucede en la autoridad de su padre, que no queda más que de simple tutor, producía frecuentes infanticidios. Los cuidados domésticos pertenecen á las mujeres, que no tienen otros trabajos de que ocuparse; son núbiles á los diez años, y fecundas hasta los treinta. Las sociedades de los arreoís, tenían á las mujeres en comunidad, y cuando una de ellas llegaba á ser madre, al niño se le daba muerte: por lo común el primer acto de la consumación del matrimonio se hacía en público.

Los taitianos habían poblado de divinidades á sus risueñas colinas y á sus deliciosas llanuras; creyendo el alma inmortal, pensaban que los buenos estaban destinados á pasar un crepúsculo eterno, como podía imaginarlo el deseo de las gentes sobre quienes el sol tropical dirige sus rayos; los que perecen en el mar encuentran palacios de coral, gozando sin cesar placeres nuevos. Los dioses eran hijos de la noche, de los cuales el primogénito fué Taaroa, que engendró á Oro; tomaba la forma de una ave para comunicarse con los hombres, por esto es por lo que el padre, el hijo y el ave, parecieron en ellos una imagen de nuestra Trinidad. Los misioneros creyeron también encontrar en sus fábulas teogónicas mezcladas de historia y de física, de terrores y seguridad, numerosas relaciones con el Génesis, la formación del hombre nacido de la tierra, la mujer sacada de uno de sus huesos, el diluvio y otras circunstancias. Sus *moray*, altares y sepulcros, eran pirámides de una construcción muy fuerte; pero en lugar de enterrar inmediatamente á los muertos, los depositaban en tierra hasta que estuviesen putreficados.

Mai, que quiso acompañar á Cook á Inglaterra, que se mostró muy afectuoso y benévolo con él, aprendió más pronto las artes frívolas que las demás. Descuidaba los utensilios útiles, al paso que buscaba con pasión todo lo que era armas, con la idea de servirse de ellas para libertar de un usurpador la isla donde había nacido. Vuelto entre los suyos, el temor que inspiraba Cook le hizo respetar, pero no tenía ya la prudencia necesaria

para consolidar su supremacía, y por otra parte, la superioridad de las armas le inspiraba seguridad. Cuando el rey le tomó por yerno, se enorgullecó con su elevación, y se hizo cruel.

Informados los colonos ingleses de las inmensas ventajas que ofrecía el árbol del pan, pidieron al gobierno inglés que se los concediese (1787). En su consecuencia se mandó al teniente Blig á Taiti, donde embarcó con estremada diligencia más de mil piés, é hizo provision del agua necesaria para regarlos; pero habiéndose rebelado la tripulación en el camino, le abandonó en el mar en una chalupa con diez y nueve hombres que le habían permanecido fieles. Lejos de perder el ánimo, continuó su camino; y resistiendo á todos los sufrimientos de su posición, después de un trayecto de mil doscientas leguas, llegó á Cupang en la isla de Timor, donde el gobernador holandés le hizo la acogida que merecía su infortunio y su constancia. De vuelta á Inglaterra, obtuvo Blig justicia, y fué promovido al mando de una nueva expedición que llegó en ocho meses á Taiti. Allí hizo otro nuevo cargamento, y dos años después volvió á Inglaterra sin haber perdido ni un solo hombre de su tripulación. Los colonos ingleses obtuvieron de esta manera aquel árbol precioso; pero no sacaron de él todas las ventajas que esperaban, en atención á que los esclavos, á cuyo alimento lo destinaban, prefieren á su fruto el del plátano.

Veinte años después del viaje de Cook, visitó Vancouver la voluptuosa Taiti; pero en lugar de los hermosos y alegres habitantes, encontró una población livida, descarnada y presa de las guerras civiles. Modificados pronto con el contacto de los europeos, apreciaron estremadamente el hierro que sustituyeron al uso de los huesos y del coral. Aumentaron poco el ganado mayor, prefiriendo á la leche de vaca la de coco. Esta ingénuo sencillez que había encantado tanto á los primeros navegantes, desapareció del todo, y el fingimiento, la avaricia, fruto de la civilización, se introdujeron entre ellos antes que las virtudes que les imponen un freno. Aumentáronse las necesidades, pero no los medios de satisfacerlas; la raza se alteró por las enfermedades llevadas á aquel país; y cuando Cook contaba allí cien mil habitantes y Forster ciento cuarenta y cinco mil, los misioneros no ascendían su número más que á siete mil en 1828. En 1874 subían á 10,113.

En el día, las armas y los trajes de Europa forman su felicidad: poco les importa que sean unos harapos, que estén usados ó nuevos, muy anchos ó muy estrechos, de hombre ó de mujer, de magistrado ó de arlequin: en su consecuencia los marinos ponen á contribución las tiendas de los prenderos, y los taitianos se pavonean con la más extraña facha que se puede imaginar.

La introducción del cristianismo ha producido sobre todo grandes cambios entre ellos. Los misioneros ingleses que se instalaron en Taiti en 1799, obtuvieron escasísimos frutos hasta que en 1807 Po-

maré se declaró su protector. Prometió despedir al dios Oro, y pidió en cambio trajes, sobre todo armas, y además lo que era necesario para escribir. Se ocuparon entonces en proscribir los sacrificios humanos, el tabú, el tatuaje y el uso de ir desnudos. Se dedicaron á desarrollar en ellos el gusto á los placeres mas nobles, y en desbistar su lengua. Sobre todo el misionero Ellis rectificó las relaciones primitivas, y buscó la esplicación de los hechos que se habían referido sin comprenderlos. Ya cierto número saben leer; y de éstos salen como de un seminario, instructores que obtendrán mejores resultados empleando la lengua y las ideas del país. Los misioneros habían llevado consigo un caballo, que no escitó menos la admiración que lo que la había escitado en otro tiempo el de Cook. Hicieron llevar una prensa, y en 1817, el mismo rey quiso tirar las primeras hojas de la traducción del Evangelio de san Lucas. Fué una fiesta y una admiración general.

En 1822, Taiti se declaró independiente de los ingleses. Los misioneros han conservado allí su influencia, y todos los años convocan al pueblo á una asamblea donde se discuten las leyes. Gracias á ellos, la constitución ofrece mejores garantías en lo concerniente á la vida, á los bienes y á la libertad de los súbditos: también han hecho abolir la pena de muerte. Después de una larga resistencia, la reina Pomaré fué obligada á aceptar el protectorado de la Francia (6 febrero 1843).

Las misiones encontraron más dificultades en la Nueva Zelanda, por las violentas disensiones entre los jefes y el orgulloso carácter de la población. Por lo demás, aquellos valerosos indígenas son muy aptos para el servicio de la marina: proporcionan maderas de construcción y cañamos afamados; no hay duda en que el trabajo y la ocupación concluirán por moderar su actividad. El cristianismo tomó un aumento fácil en las islas de Sandwich, y el rey de Hawaí le abrazó en 1830.

Los misioneros, metodistas ingleses en su mayor parte, dan las biblias á millares. Pero es cierto que este libro sea el mejor para confirmar las creencias de un pueblo? Los católicos han tenido pocos medios de trabajar en estas regiones, aunque no han dejado de obtener algún fruto, y la congregación de la Propaganda confió, en 1833, las misiones de la Oceania oriental á los sacerdotes de Picpus, que han convertido las islas Gambier; en 1837, mil seiscientos insulares habían recibido ya el bautismo.

En la imposibilidad en que se encuentra la Gran Bretaña de sostener la población de los tres reinos, trata de darle salida para fuera. Ya ha formado varios establecimientos y fundado colonias en la Australia, la Tasmania, la Nueva Zelanda, y en los diferentes archipiélagos de la Polinesia.

Colonias penitenciarias.—En lugar de encerrar á los delincuentes en las prisiones, donde acaban de corromperse, todas las naciones han reconocido que había ventaja en trasladarlos á distantes playas,

donde una vez rota aquella deplorable tradicion del crimen y de la infamia que arrastra á nuevos desafueros, les acontece con frecuencia el corregirse, y el ladron, el asesino, la meretriz llegan á ser útiles padres de familias honradas. La Siberia sirve para este uso á los rusos, los presidios de Africa á la España, Mozambique y las Indias al Portugal y á la Holanda. En Inglaterra, donde el rey jura en su coronacion hacer *ejecutar la justicia con misericordia*, la pena de muerte puede ser siempre conmutada; es, pues, importante tener siempre un lugar de deportacion. Cuando se perdió la América para sus antiguos amos, se trató de buscarlo en Africa; pero Banks hizo preferir á Botany-Bay, en la Nueva Holanda: once barcos llevaron allí setecientos sesenta condenados, cierto número de colonos libres, algunos soldados y magistrados, con las provisiones necesarias. Pero no se obtuvieron en este lugar las ventajas que prometia la riqueza botánica del territorio; la colonia se trasladó, pues, á Parramata (1784), y pronto el puerto de Jackson y la ciudad de Sidney adquirieron gran prosperidad. El gobierno trasportó á sus espensas los condenados, que, en un pais muy distante, ni tienen que avergonzarse delante de jefes de que los conozcan, ni esperanza de desertar. Llegados allí, entran al servicio de los colonos libres: hay algunos que se portan bien y recuperan su honor; otros se dedican á cortar leña (*bush-ranger*) y algunos, finalmente, se acomodan entre los salvajes y forman una generacion diferente.

Las colonias penitenciarias fueron ensalzadas y calumniadas alternativamente segun el aspecto bajo que se las consideró. La sociedad queda en ellas dividida en gentes puras é impuras, en ovejas blancas y ovejas negras, esto es, en colonos y delincuentes; estos últimos aspiran á constituir una especie de aristocracia: hay en ellas puntos de reunion á los que sólo puede concurrir el que prueba ser descendiente de un condenado, y el que conserva la osadía del crimen, fácilmente se enriquece entre quienes se hallan habituados á un género de vida, de trabajo y honradez.

Los viajes de Flinders (1798-1803), que superaron en arrojo á cuanto la imaginacion puede alcanzar, dieron á conocer todo el circuito de la tierra de Van Diemen, que se halla poblada de delincuentes; infatigables trabajadores que en menos de 40 años adelantaron rápidamente en la civilizacion. Otro tanto hicieron en 70 años en la Nueva Gales del Sur, empeñándose en obras para las cuales no hubiera bastado doble tiempo con braceros ordinarios, así es, que su prosperidad fué más rápida que la de cualquiera otro imperio. Fundada en 1788, civilizada inmediatamente, se dió en ella la primera representacion teatral en el año 96; en 1808 tuvo ya un periódico, y en 1810 se formó el censo general, y se pusieron nombres á las calles de Sidney. Desde el descubrimiento de las minas de oro en 1851 la Australia ha aumentado prodigiosamente. Su poblacion, que era de 100,000 habitantes entonces, se ha elevado á 1.848,363 en 1876; sin contar 55,000 indígenas. Se han construido importantes ciudades; y además de Sidney, la más antigua y que tiene 140,000 habitantes, citaremos á Melbourne con 220,000, Sandhurst, Ballarat, Adelaida y Briobana. Las colonias son cinco: Nueva Gales del Sur, Victoria, Australia meridional, Quensland y Australia occidental, y á escepcion de la última, todas tienen un gobierno libre y responsable y no están unidas á la madre patria sino por ligeros lazos.

La Nueva Caledonia, grande isla del océano Pacífico, situada al este de la Australia y poblada por unos 40,000, canagues y un millar de europeos, fué ocupada por la Francia en 1853. Esta fundó en ella una colonia penitenciaria en 1872, ó más bien trasladó á ella la que tenia establecida en Cayena y que la insalubridad del clima hizo abandonar. La Francia posee aun en aquellos parajes las islas Marquesas. Los norte-americanos se presentan tambien con frecuencia en los mares australes, donde cambian por perlas, aceite de coco y raices de *taro*, perros, cerdos y volateria, tejidos de algodón, quincalla y utensilios de hierro.

## CAPÍTULO XXVIII

### COMERCIO DE PIELES.—ÚLTIMOS VIAJES.

**Polo artico. La Perouse.**—Los viajes de Cook tuvieron, además de su mérito particular, la felicidad de obtener el favor de las gentes doctas, que dirigian entonces y hasta creaban la opinion pública. No repetiremos aquí las consecuencias filosóficas, religiosas y científicas que sacaron de ellos, tomando cada partido armas y materiales. Sólo diremos que tuvieron por efecto el reanimar el ardor á los descubrimientos; y que si á veces se emprendieron las expediciones con un objeto noble, más de una vez tambien tuvieron por móvil ideas de lucro tan bajas como en el siglo xv.

Envidiosos los franceses por rivalizar con la Inglaterra, dando la solucion del problema que Cook habia dejado sin resolver, mandaron al hábil y generoso La Perouse para ilustrar las dudas que no resolvía aun la geografia náutica. Las instrucciones que Luis XVI escribió por su propia mano, en union con Fleurieu, terminaban de esta manera: «Si imperiosas circunstancias, que la prudencia no puede prever, precisan á M. de La Perouse á hacer uso de la superioridad de sus fuerzas sobre las de los salvajes, para procurarse las cosas necesarias á la vida, usará de ellas con la mayor discrecion, y castigará con estremado rigor á los de los suyos que traslimenten sus órdenes. En cualquier otro caso, si no puede obtener amistad de los salvajes con buenos tratamientos, procurará contentarlos por el temor y las amenazas. No recurrirá á la fuerza sino en una necesidad estremada y para su propia defensa, ó cuando la seguridad de los barcos y la vida de los franceses que le está confiada, se encuentren comprometidos. El mejor resultado de la expedicion á los ojos de S. M., será no haber costado la vida á ningun hombre.»

A porfia solicitaban los sábios y marinos embarcarse en la *Brújula* y en el *Astrolabio*. El estremado cuidado que presidió á la ejecucion, respondió

de la grandeza del plan. Después de haber explorado los archipiélagos del océano Pacífico, confirmando ó corrigiendo las observaciones de los ingleses, La Perouse hizo rumbo hácia la costa Noroeste de la América. Descubrió en las costas de la Tartaria el estrecho que lleva su nombre, entre estas costas y la isla de Saghalien. Lesseps, á quien mandó desde el Kamschatka á Francia con las cartas y descripcion de los paises explorados, fué el primero que atravesó el antiguo continente en toda su longitud. Desde aquel momento no se tuvo ya noticia dela expedicion.

Aunque la Francia se vió agitada por tempestades más terribles que las del Océano, mandó en busca de La Perouse barcos á las órdenes del almirante Entrecasteaux; pero no fueron más felices que aquellos cuyas huellas seguian. Desde este momento no hubo navegante que se presentase en el Océano Pacífico sin pedir noticias de La Perouse, porque la esperanza dudosa que sigue á las desgracias no probadas enteramente existia aun; en fin, el capitán Dillon pudo asegurarse en 1827 de que los dos barcos habian perecido en la isla de Vanikoro. Los salvajes que la habitaban no cesaban aun de hablar con admiracion de aquellos extranjeros, que tenian una nariz de un pié de largo, que hablaban con las estrellas por medio de una caña larga, y que ponian á un hombre de centinela, donde permanecía sobre un solo pié con una barra de hierro en la mano; porque de esta manera es como, vistos de lejos, parecian á su vista los sombreros de picos, los telescopios y los fusiles. Parece que algunos de los naufragos se echaron al mar en una embarcacion construida lo mejor que pudieron; pero quién puede decir lo que fué de ellos?

Asustada por su parte la España con ver establecimientos extranjeros acercarse á los suyos en